

Reseñas

STURTEVANT, William C., y Wilcomb E. WASHBURN, eds., *Handbook of North American Indians*, vol. IV, *History of Indian-White Relations*. Washington D.C.: Smithsonian Institution, 1988, 838 páginas.

En el muy hipotético caso de que San Isidoro de Sevilla hubiese sido un antropólogo norteamericano de hoy, no cabe duda de que, en lugar de sus *Etimologías*, hubiera acometido la empresa del *Handbook of North American Indians*. Pero la realidad es otra muy distinta, y hoy los conocimientos son mucho más extensos y especializados, las instituciones son mucho más complejas, las cuestiones de organización requieren malabarismos, y la financiación de empresas científicas depende de extrañas alianzas. Por lo que parece, estas cuestiones se ven facilitadas con mayor frecuencia en los Estados Unidos de Norteamérica que en otros lugares más distantes del núcleo del Imperio. Y, en pura lógica, a la hora de reactualizar el ya rancio —aunque no por ello haya perdido nada de su valor— *Handbook of American Indians North of Mexico* (publicado por F. W. Hodge, ed.), se adueñó del proyecto la casi todopoderosa Smithsonian Institution.

Sin duda había mucho que actualizar, puesto que los estudios antropológicos de toda índole a lo largo de casi un siglo han trastocado y ampliado extraordinariamente todos los aspectos de las culturas indígenas norteamericanas y de todo el planeta. Cual si de una empresa texana se tratara, se proyectó materializar la idea prácticamente sin límites materiales para que no faltase de nada y pudiera ser el mayor y el mejor *Handbook* sobre los indios norteamericanos.

Aunque probablemente no conozcan allí las *Etimologías* de San Isidoro, también se quiso que esta obra constase de 20 volúmenes, para no dejar cabo sin atar, encargando las tareas de editor general a William C. Sturtevant, quien a su vez habría de encomendar las labores de edición de cada tomo a otros tantos delegados, quienes a su vez encargarían a más de 50 de los mejores especialistas en cada mate-

ria específica la redacción de otros tantos artículos referidos a un tema concreto. El primero de los ocho volúmenes aparecidos hasta ahora vio la luz en 1978, y los resultados pueden calificarse de espectaculares sin exagerar. La actualidad, precisión, profundidad dentro de una relativa brevedad, y amplitud de los temas y datos, hace que esta producción faraónica no sea una mera obra de consulta, sino materia de estudio imprescindible en sí misma para todo especialista o estudioso de las culturas indígenas norteamericanas. De hecho, si algún aficionado acomete la meritoria tarea de leerse por completo la obra, se convertirá en un verdadero especialista de la etnología norteamericana, independientemente de títulos académicos.

El volumen IV, cuya edición corrió a cargo de Wilcomb E. Washburn, es el último de los publicados (o al menos de los recibidos aquí) y responde en los aspectos formales al cuidadísimo tono del resto de la publicación. Consta de 54 artículos divididos en los siguientes apartados: Políticas nacionales, Situación militar, Relaciones políticas, Relaciones económicas, Relaciones religiosas y Relaciones conceptuales. No falta en cada artículo una interesante gama de mapas, gráficos y fotografías, a lo que hay que añadir las 98 páginas de bibliografía. Pero aquí comienzan las divergencias con el resto de la obra. Un par de ejemplos servirán para dar una idea aproximada.

El artículo de Charles Gibson comienza afirmando: «Cristóbal Colón y sus seguidores se interesaban por los indios en cuanto curiosidades y en cuanto que esclavos, mucho más lo último que lo primero». Después toca los clásicos tópicos generales al respecto; pero de entrada ya ha dejado bien sentado lo que esperan leer sobre las relaciones españoles-indios el *stablishment*, la historia oficial y, por desgracia, la mayoría de los habitantes estadounidenses.

James R. Gibson, por su parte, sentencia: «El interés español en la Costa Noroeste continuó siendo exclusivamente militar. Simplemente querían mantener la costa sin explorar y sin desarrollar, como un desolado colchón amortiguador que sirviera para detener la penetración extranjera en las californias y México.» Por supuesto, los recién llegados anglosajones estaban prestos para responder a la llamada divina en pro del desarrollo de esa costa (sin contar con los indios, por supuesto, que no eran más que un incordio para tal fin).

Tal es el tipo de tesis que subyacen o se explicitan a lo largo del volumen destinado a contar el creciente florecimiento de las culturas indígenas norteamericanas desde el momento que tuvieron la fortuna de entrar en contacto con unos blancos que hablaban inglés. De seguir en la misma línea, el volumen II (*Indians in Contemporary Society*) es de suponer que nos cuente la apoteosis actual de esas culturas.

El lector poco familiarizado con la historia y la etnología de estas culturas encontrará serias dificultades para llegar a formarse una idea aproximada de la realidad que se supone debería reflejarse en este volumen, pues, aunque haya algunas menciones a los engaños y coacciones que presidieron la firma de los tratados entre los indios y el gobierno USA, éstas no dejan de ser episódicas, y en un tono tan extremadamente aséptico que acaba por deformar la realidad de una política de exterminio e incumplimiento sistemático de los tratados firmados en muy desiguales condiciones.

Con la pretensión de dar aires de objetividad a la exposición, se produce una intencionada personalización y un constante bombardeo de tecnicismos legales, que no están de más, pero al quedarse sólo en eso (sin ahondar en los diversos eufemismos que ocultan la realidad y crean trampas añadidas, o en el partidismo de todos los que

intervienen en las instituciones judiciales que deberían haber defendido por igual a los blancos y a los supervivientes indios, por mencionar sólo dos variables de análisis) resulta que se disfraza con eufemismos legales y documentales la verdadera política de exterminio planificado, aunque no estuviera escrita claramente en el corpus jurídico. Así, el tecnicismo puntual probablemente se haya empleado deliberadamente para ocultar una realidad siempre miserable para los indios, a cambio de crear y mantener una imagen según la cual aún éstos deberían estar agradecidos a los blancos por su respeto y buen trato incluso jurídico.

Desde luego, siempre cabe pensar que el mejor escribano hace un borrón. Pero no es éste el caso, pues la inmensa mayoría de los escribanos de ese país echan los mismo borrones al llegar al mismo capítulo de sus anales, en el que la historia y las ciencias sociales parecen estar más al servicio de la mitología nacionalista que de la ciencia.

Por lo tanto, el volumen IV no cuadra bien con el supuesto espíritu general de la obra, pues, si las culturas aborígenes de Norteamérica eran tan variadas, interesantes y valiosas como para acometer este esfuerzo faraónico que supone su publicación, ¿cómo es que se les ha hecho a esos indios tan gran favor exterminándoles y metiendo a palos a los supervivientes en el «desarrollo»? ¿O acaso es que el valor de esas culturas es sólo proporcional al beneficio económico que puedan reportar publicaciones como ésta? El problema quizá sea: ¿En el '92 de qué siglo se van a plantear en USA con verdadera seriedad y objetividad estas y otras cuestiones?

Leoncio CARRETERO COLLADO

ROJAS RABIELA, Teresa: *Las siembras de ayer. La agricultura indígena del siglo XVI*. Sep/CIESAS, México, 1988, 230 páginas + ilustraciones.

Hace ya tiempo que los estudiosos del pasado hemos aceptado que una de las bases de la civilización es la agricultura. Sin un cultivo de la tierra que permita la acumulación de excedentes suficientes para mantener a la élite gobernante y a las clases no productivas no puede alcanzar una cultura el máximo grado de desarrollo, que es el que llamamos «civilización».

En Mesoamérica, la civilización era ya antigua cuando llegaron los españoles, y, sin embargo, los estudios que hemos dedicado a las «bases materiales» no son excesivamente abundantes y si reiterativos en aspectos parciales, como la importancia del riego y la existencia o no de un Modo Asiático de Producción pristino o derivado. Otros aspectos del cultivo han sido dejados de lado casi sistemáticamente, citándonos a la trilogía maíz-frijol-calabaza sazónada con el chile, como alimentos básicos y considerando que la falta de grandes herbívoros suponía ya una carencia proteínica en la población. Tampoco se ha derrochado mucha tinta en estudiar la productividad, aunque si se alude a ella para establecer cuantías de población o para precisar si ciudades como Tenochtitlán podían o no ser alimentadas satisfactoriamente. Nuestras dudas han buscado resolución siempre en el mismo lugar. De los tres elementos (cuantía de la población, nivel alimenticio y producción agrícola) hemos rebajado normalmente el primero. Establecemos una cantidad mínima de alimentos por persona, la relacionamos con nuestros cálculos de la capacidad productiva y obtenemos el máximo de población, con lo que ponemos casi siempre en

evidencia a las fuentes que nos señalan poblaciones más elevadas. ¿Y si la realidad fuera otra, si los mesoamericanos fueran mejores agricultores de lo que suponemos o estamos dispuestos a admitir?

Para averiguarlo había que hacer lo que Teresa Rojas ha hecho. Era necesario dejar de repetir las mismas cosas y afrontar el difícil estudio de la agricultura mesoamericana, contando con las dificultades e imposibilidades que había. Pero si no se hace lo que es posible, no se avanza nunca. Y es muy probable que ahora, con este libro, estemos en condiciones de llegar más allá. El sendero está ya abierto.

En el libro aparecen los sistemas de cultivo, la intensidad agrícola, los abonos, la siembra, escarda y cosecha, las terrazas, el riego, las herramientas y el almacenamiento. La autora se queja, y con mucha razón, del etnocentrismo que se ha proyectado sobre la agricultura mesoamericana. Los estadios de la evolución cultural han sido elaborados sobre la historia de «Occidente» y sus parámetros se aplican indiscriminadamente sin atender a otras posibles soluciones. Así, el tipo y material de las herramientas se vuelve decisivo a la hora de calificar un sistema. Teresa Rojas no está de acuerdo en ello y busca otras vías:

En esta tesis se pretende demostrar que la agricultura indígena del período prehispánico inmediato a la Conquista, había alcanzado una gran complejidad, así como, poner a prueba la tesis de que ésta tenía su base no en la riqueza ni en lo complejo de sus instrumentos de trabajo, sino en el perfeccionamiento, tanto de sus métodos agrícolas con alta inversión laboral, como de su amplio y variado repertorio de plantas domesticadas (p. 15).

La complejidad de los sistemas de cultivo era grande. No se reducía a la milpa y la chinampa, sino que había estrategias adecuadas a las circunstancias particulares de cada región y cada planta, tendentes a la maximización de los recursos.

El perfeccionamiento de los métodos agrícolas de trabajo intensivo se manifestaba de diversas maneras, entre las cuales cabe mencionar la atención individualizada a las plantas cultivadas (selección para la siembra, siembra, trasplantes, cultivos, cosecha y otras operaciones, ejemplar por ejemplar); la diversidad de formas y obras de irrigación y fertilización; las técnicas de aprovechamiento del agua de temporal y de aguas residuales y superficiales; las obras de rescate y conservación de suelos (drenes, terrazas y bancales); las asociaciones y rotaciones de cultivos; las diversas estrategias de mantenimiento de la fertilidad del suelo; la utilización diversificada del espacio vertical y horizontal (combinación de parcelas de diferentes calidades en pendientes y en llano), etcétera (pp. 15-16).

Este párrafo es un buen resumen de algunas de las estrategias agrícolas que permitieron un mejor aprovechamiento del suelo, con el resultado de incrementar la producción y permitir el crecimiento de la población sin por ello agotar los excedentes. La diferencia principal con el proceso que se llevó a cabo en el Viejo Mundo es que el énfasis no estuvo en la mejora de las herramientas, sino en una utilización más racional de la fuerza de trabajo. Podían haber empleado menos horas en el cultivo, pero también habrían obtenido menores beneficios. La inversión laboral es especialmente productiva en la siembra escalonada, en la cual el terreno está siempre produciendo. Ciertamente, el trabajo que requieren los continuos trasplantes es enorme, pero también lo son los beneficios de mantener una tierra rica produciendo continuamente. Y no lo hacían de forma irreflexiva, sino manteniendo la fecundidad mediante abonos o, simplemente, alternando cultivos que alargan la vida de los campos. Podemos decir que las prácticas agrícolas estaban adaptadas a las condiciones ambientales en las que se producían. Y eso es una señal evidente de progreso técnico.

En relación con esto, Teresa Rojas se ha ocupado de las variables que influyen en ese panorama: clima, ciclos de las plantas y tipos de cultivo. Destaca que la agricultura no produce solamente alimentos, sino otros productos destinados al vestido,

techado, etc., como el maguey, el algodón o algunos tipos de cacao. Trata la cosecha, el almacenamiento y el destino de los productos, esto de manera más breve, pues es tema para otra tesis, al menos, como lo es también un tema que le es familiar, el de las implicaciones sociales y laborales. Todo este trabajo estaba organizado de alguna manera. La creciente complejidad de la sociedad mesoamericana alcanzó a la agricultura. El campo debía producir excedentes que alimentaran a las ciudades, llegando a ellas en forma de renta, tributo o comercio. Como muy bien pregunta la autora:

... si el maíz se cultivaba en todas la regiones, ¿por qué circulaba al interior de las regiones y entre las regiones? (p. 193).

Entre las respuestas que apunta, están la diferencia de productividad, la escasez temporal, la necesidad de obtener otros productos para satisfacer otras necesidades, o el tributo. Por el estudio de cualquiera de ellas, la agricultura nos estaría llevando al análisis de instituciones culturales de vital importancia, mostrándonos la relación de la agricultura con la civilización. Este movimiento de bienes requería una organización, en la que entraba un capítulo importante que no aparece en este libro, el transporte. También merece un estudio propio, y se transportaban productos no agrícolas, pero la distribución y circulación de éstos, entre los centros de producción, los almacenes y los centros de consumo pueden ser considerados dentro del estudio de la agricultura.

Pero por el momento, el esfuerzo de analizar las estrategias productivas ya ha sido grande y, por fortuna, ha merecido la pena. Gracias a él podemos afrontar con mayores garantías el estudio de otros temas íntimamente relacionados, como algunos de los mencionados.

Para terminar, una nota sobre el método. El libro constituye una investigación etnohistórica, completada con estudios arqueológicos y etnográficos, cuya utilización es muy bien precisada. Con referencia a los ejemplos actuales, nos dice:

La utilidad de este recurso analógico reside, principalmente, en su valor ilustrativo y no se pretende, de ninguna manera, que las prácticas actuales tengan una continuidad histórica mecánica, sin que se niegue que a veces la continuidad pueda existir (p. 23, un texto similar en la 53).

Solamente otra investigación podría demostrar si estas prácticas actuales han sido introducidas recientemente o suponen una evolución de los sistemas descritos en esta investigación, pero su estudio ha ayudado al investigador a comprender mejor lo que los documentos le transmiten, lo que redundará siempre en una mayor calidad del trabajo.

Ahora, hay que cuidar la siembra, para que la cosecha sea fructífera, en grano y en nuevas semillas.

José Luis DE ROJAS
Universidad Complutense de Madrid

BATAILLE, Gretchen M., y Kathleen Mulleen SANDS: *La mujer india americana. Historia, vida, costumbres*. Edit. Mitre, Barcelona 1987, 254 páginas.

Nos llamó la atención el título de este libro por cuanto que a quienes estamos interesados en el mundo de la mujer indígena nos resulta algo difícil encontrar obras que hablen tan específicamente del tema.

Pero lo que parecía una ardua tarea de investigación y editorial al hablar de «La mujer india americana. Historia, vida, costumbres» al leer el libro nos dimos cuenta de que el título correspondía más a una estrategia publicitaria que al verdadero contenido del mismo. Habría que precisar que no se trata de «la mujer india americana» sino de la mujer india norteamericana (porque sobre las mujeres indias del resto de América no dice nada), como tampoco se trata de estudiar la historia, vida y costumbres de las mismas. Para ser exactos el asunto central de esta obra es el análisis del soporte documental a través del cual se expresa la mujer india, es decir, la autobiografía. En torno a este análisis se divide el libro en dos partes.

La primera parte empieza con una declaración, que es también asumida por gran parte de las antropólogas, la de que «las mujeres indias americanas no han compartido la idea que hasta hace poco tiempo daba por sentado la inferioridad de la mujer», a pesar de la abundante literatura de estudios antropológicos que han difundido la idea de inferioridad. Sobre este planteamiento es opinión de las autoras del libro que la forma más fidedigna de acercarse al mundo de la mujer india es a través de lo que ellas mismas nos cuentan en las autobiografías.

Definición de autobiografía y tipos distintos de configurarlas ocupan parte de esta primera división, en la que también se apuntan como características comunes entre estos documentos «el énfasis en el acontecimiento, atención a lo sagrado del lenguaje, interés en el paisaje, afirmación de valores culturales y solidaridad tribal» estando subordinado el individuo a las necesidades colectivas de la tribu. Junto a estos elementos del relato también subyace la preocupación de la aculturación y el rechazo étnico.

Se incluye, asimismo, el análisis de las autobiografías de mujeres papago, winnebago, pima y hopi.

La segunda parte está constituida por un extenso y completo «corpus» bibliográfico que resulta interesante y muy útil al tratarse de una recopilación de obras comentadas sobre historias de mujeres indias. La clasificación se basa en los apartados de: autobiografías de mujeres indias, biografías, estudios etnográficos e históricos, literatura contemporánea y crítica, artículos adicionales y libros sobre las mujeres indias americanas.

Con todo ello se quiere indicar la creciente utilización de este método de expresión (autobiografía) por las propias interesadas, que además van alcanzando mayor control editorial, así como «mayor sensibilidad y profesionalidad por parte de los registradores-editores; una ampliación de la variedad de experiencias en las vidas de las narradoras junto con una constante preocupación por la preservación y comunicación de los valores tradicionales de sus vidas».

El libro resulta interesante por el análisis metodológico centrado en la autobiografía a la vez que, como toda recopilación bibliográfica, brinda una base sobre la que empezar un estudio del tema. El hecho de que el título no se ajuste con precisión al contenido temático pasa a segundo plano en contrapartida a la utilidad que de la obra podemos sacar.

Pilar ALBERTI MANZANARES

BALFET, H.; M. F. FAUVET y S. MONZON. *Lexique et typologie des poteries*. Presses du CNRS, Cahors, 1989.

El presente libro, aparecido en nuestras librerías hace ya unos meses, obra de las investigadoras del Departamento de Tecnología Comparada del Museo del Hombre Hélène Balfet, Marie France Fauvet-Berthelot y Susana Monzón, autoras de otras obras sobre estos temas, aborda la problemática de la descripción e identificación de cerámicas, sobre todo con una clara intencionalidad arqueológica.

Lo primero con lo que nos encontramos es una nota editorial en la que se nos dice que esta obra «fue publicada inicialmente en 1983, en Ediciones del CNRS, bajo el título «Pour la normalisation de la description des poteries», que a su vez sirve de subtítulo de la presente obra, y continúa apuntándonos que es una nueva edición revisada y corregida.

Lógicamente, ante tal referencia lo natural es la comparación con la pretérita.

Y aquí comienza nuestro estupor al comprobar como los dos únicos cambios producidos, aparte de los lógicos imperativos de formato editorial, son que mientras que en el prólogo de la primera obra se apuntaba un trabajo por realizar sobre un catálogo lexicográfico en varios idiomas sobre terminología cerámica (ya esbozado en su primera obra), en el actual ya se hace referencia al trabajo concluido y presentado en una publicación del citado CNRS, *Lexique plurilingue pour la description des poteries*, y cuya edición ha corrido a cargo de las autoras de la obra que nos ocupa. El segundo de ellos es que algunas de las notas explicativas de la primera de las obras ha cobrado rango de texto en la segunda, haciendo más fácil la lectura del conjunto.

Nos encontramos, por tanto, ante una reedición de la obra de 1983 seis años después, sin aportar nada nuevo a la investigación cerámica, excepto la posibilidad de contar nuevamente con esta obra clásica que puede servir como guía básica para todos aquellos nuevos investigadores que se acercan al estudio de los complejos cerámicos, su descripción y tipología.

Algo que hay que agradecer y reconocer a las autoras, es que han sido un puntero en lo que a los intentos de normalización terminológicas se refiere, siguiendo una línea de las escuelas francesas, que han comprendido la gran importancia de llegar a conceptualizaciones comunes de todos los campos de investigación, lo que significa un claro acercamiento de las distintas posturas:

La obra en sí, presentada con una gran dignidad, nos ofrece una semblanza clara y detallada de las distintas formas cerámicas, las partes que componen las vasijas, los métodos e instrumentos de fabricación y las técnicas y motivos decorativos, elementos indispensables para una buena descripción y para una clara tipologización de los materiales cerámicos.

Lo único achacable a la obra es el excesivo detenimiento en la definición de vasijas tomando como referencia su posible uso, considerando, con un pensamiento muy actual pero no adecuado al «primitivo», que cada vasija tenía sólo un uso, cosa que sabemos no era así a tenor de los datos etnológicos que obran en nuestro poder (hay que hacer una clara excepción con algunas piezas de carácter estrictamente ritual). De este modo encontramos definidas piezas como teteras, salseras, saladeras, etc., términos de un corto espectro en lo que a arqueología interesa y que es lo que nos compete en este caso.

Es una pena que esta obra no haya tenido, al menos que nosotros conozcamos, una continuación que nos diese una visión de las distintas opciones de uso de las descripciones presentadas, poniendo ésto en relación con el estudio lexicográfico pluri-

lingüe ya citado, aunque éste también peca de un excesivo simplismo —pese a ser de gran ayuda a la hora de acercarnos a estudios ceramológicos en distintos idiomas—, puesto que hubiese sido necesario recopilar toda la información intentando simplificar terminologías agrupando todos los vocablos similares bajo una clara definición, piedra angular, que aunque se ha esbozado en obras tales como las que nos ocupa, aún sigue sin estar presente en la bibliografía técnica al uso.

No queremos, sin embargo, que parezca que lo aquí expuesto vaya en detrimento de las obras referidas que sirven perfectamente a los intereses para los que fueron creadas. Realmente, y a falta de otros datos que desmientan nuestra opinión, la verdadera crítica sería para la Editorial, el CNRS, que nos ha intentado presentar como nuevo algo que ya tiene unos años de vida, sin poder aducir desconocimiento puesto que ella es la editora de ambas «supuestas versiones», teniéndole que agradecer la mejor presentación y más cómodo y manejable formato.

César M. HERAS Y MARTÍNEZ